

Reflexiones en torno a «El Cacique» de Luis Romero

LOREINA SANTOS SILVA

El Cacique es un carácter muerto, de cuerpo presente; pero vivo en la ola de chismes pueblerinos. Asistimos, a través de la obra, a todos los lugares claves en los estratos sociales de la pequeña comunidad para recoger en el testimonio de los habitantes el delineamiento de ese hombre-pulpo que ha ido, poco a poco, acaparando inteligente y solapadamente a su víctima: el pueblo.

Ahora que ha muerto, ahora que se disipa el terror al Tartajoso, criminal que ejercita directamente sus fechorías, se desborda la ira y el rencor contenidos por largos años.

Los explotados se desahogan y aún los dos o tres favorecidos que le alaban como benefactor del progreso, reconocen, en su interior, que el llamado progreso ha sido sólo escala de su auto-ascenso.

Todos están conscientes de sus conexiones con el gobierno y nos preguntamos, ¿es posible que el gobierno sea cómplice de tales ignominias? Nos damos cuenta de que el gobernador es el único personaje que le dignifica en su muerte, «fue un hombre ejemplar...»,¹ nos dice y no conforme con eso pasa por alto la difamante historia que le cuenta el alcalde sobre la familia de don Froilán. Obviamente, don Froilán es su candidato para el

1. Romero, Luis, *El Cacique*, Ed. Planeta, S. A., España, 1963.

nuevo cacicado. ¿Acaso Romero nos da en *El Cacique* un símbolo aminoritario del cacicado que todos callan? ¿Acaso ese planteamiento de la problemática socio-política de un pueblito de Castilla, puede proyectarse al otro pueblo—España? Aceptemos, por lo menos, que el autor define un pueblo con una diversidad de implicaciones muy acertadamente observados por Fernández Almagro, al hablarnos de la existencia, en la novela, de un «planteamiento político, social, moral y psicológico».² Indudablemente, la obra puede analizarse desde cada uno de estos ángulos culturales, logrando determinar los motivos degenerantes en cada uno de ellos.

Hay algo muy vital, y es que la situación del pueblo puede darse en cualquier lugar o época. Sobre el particular, observa Manegat, que el problema del pueblo «se deja sentir en miles y miles de lugares de esta tierra y que es visible hoy en la época de la astronáutica y la cibernética».³ De esta realidad se desprende la cualidad universal y atemporal de la novela.

Con referencia a la temática, la obra se reduce a la historia de un hombre que rehace un pueblo, considerando, ante todo, su beneficio. Aclarando que en el proceso de lograrlo, a él, no le importa el mal que recaiga sobre los seres humanos que perturben su trayectoria.

Paralelo al tema central, se dan en grado menor algunas pinceladas del tema de la muerte. El «emplazamiento» o la inevitable cita de la Parca en determinado momento, se nos revela en ese «pensar que todos hacemos idéntico camino. Los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes».⁴ Aunque la cita anterior se relaciona, en cierto modo, con el tema de la «nivelación», ésta se da más clara en las palabras del titiritero Colibrí, «mientras metíamos dentro al difunto venía un hedor tan fuerte que me dije para mis adentros, “¿y este es el rico, el todopoderoso, el que tuerce las voluntades? ¡Bah! Carroña pura, igual que los pobres, los vagabundos y los gitanos”.»⁵ El tema del «olvido» que sufren los seres al paso del tiempo tras el accidente de la muerte, se refleja en el abandono en que ha quedado la tumba de la esposa del Cacique

2. Fernández Almagro, M., *A.B.C.*, Madrid, España, 23 de diciembre 1963.

3. Manegat, Julio, «El Cacique», *Noticiero Universal*, Barcelona, 23 de diciembre de 1963.

4. Op. cit., *El Cacique*, p. 290.

5. *Ibidem*, p. 204.

donde ya «los cristales se han roto y no han sido sustituidos».⁶ La actitud de reverencia que asumimos ante la muerte, debido al misterio que la envuelve, dada la naturaleza del personaje, se revoca en una constante vejación. El muerto recoge sentencias irreverentes de sus hijos, del pueblo y de los forasteros.

Magistralmente, el autor maneja la técnica de los múltiples puntos de vista para redondearnos la figura central alrededor de la cual gira toda clase de juicio. Desde el comienzo de la obra hilvanamos los comentarios que fluyen con suma naturalidad, de acuerdo con el carácter del que habla. Sólo en la incursión que hacemos por los vericuetos de las conciencias de los personajes comprendemos la complejidad psicológica del «eje» de la situación.

En torno al estilo, podemos anotar que el lenguaje fluye en forma real de acuerdo con el nivel social y cultural del personaje. Son escasos los recursos figurados. Resumidos, darían uno que otro caso de metáfora, sentencia, repetición, ironía, sátira, asínteton, paralelismo gramatical, latinismo, imagen sensorial, onomatopeya y auto-cita. Todos estos recursos están usados con tanta naturalidad que nos parecen imperceptibles. A todo lo largo del relato impera la sencillez, la claridad, la llaneza de la lengua del diario vivir salpicada de los vulgarismos que añaden calor humano a la expresión.

Abre la escena cuando el cartero sube la cuesta para llegar al pueblo. Al oír los insistentes redobles, se da cuenta de que ya las medicinas del enfermo que ha recogido en la estación del tren no hacen falta y se regodea en el camino. Se pone a conversar con don Celso, que cesa también de trabajar y pronto le suelta el «Allá él si lo perdona tan fácilmente».⁷ El pobre cartero sabe por qué lo dice. El perdió a su esposa a consecuencia de una mordida que le diera el perro del Cacique que tenía rabia. A su mujer no la atendieron a tiempo. El hijo de don Celso desata su lengua y el padre le amonesta por sus palabras irrepeustuosas dirigidas al difunto y el hijo le contesta, «a los hombres vivos, padre, hay que respetar; y él no lo hacía».⁸

Zacarías, un pobre agricultor, que hace cinco años que no puede labrar sus tierras por tenerlas en pleito con el Cacique, al

6. *Ibidem*, p. 289.

7. *Ibidem*, p. 8.

8. *Ibidem*, p. 8.

oír las campanas, sale desenfrenado a trabajar las tierras que el cardo anda consumiendo. En su descarga emotiva escuchamos el «ya ha reventado este bribón y la tierra no espera un día más».⁹

Uno de los titiriteros que acampan a orillas del río, le pregunta a Julián cuán rico era el difunto; pero éste sólo puede decir, «no se sabe, más de medio pueblo es suyo».¹⁰

Zenón, sirviente de la casa hasta envejecer, de pronto se da cuenta de que queda desamparado y de sus reflexiones se desprende, «a Zenón ya no le necesitan, ya le exprimieron los jugos, cincuenta años de trabajar sin descanso, además de otros servicios que por decencia me callo».¹¹ El pobre ha preferido quedarse solterón a tener que pasar por la vergüenza de aguantar los inevitables cuernos. Demasiado sabía, para que le tomasen de bobo.

En la taberna de Sancho, los forasteros cuestionan los altos precios del vino. Todo se debe a que hay sólo dos tabernas y una la controla el tío Vivo, almacenista de vinos del Cacique. Al pobre Sancho el tío Vivo «le pone los precios que le da la gana o que le mandan...».¹² Además, le es imposible comprar vinos fuera del pueblo porque, con ello, expone su vida.

Uno de los oficiales de la justicia reconoce que nadie se «atreve, cuando él hablaba a decirle lo que era legal».¹³ En otras palabras, el Cacique era la ley.

Uno de los jornaleros de la casa, que participa en la tertulia de la barbería, admite rotundamente, que no irá al entierro porque según él, le debe «al difunto toda el hambre que ha pasado desde niño».¹⁴

Es obvio que el Cacique abusa de todos, pero sus grandes víctimas han sido las mujeres. Su patológica glotonería no se limita al poder y al dinero, sino también a la carne. Su exagerado sensualismo le lleva a abusar de casadas, solteras e inclusive de las hijas de sus propias mujeres. Ese es el caso de Rosita, que al envejecer su madre, ella pasa a ser su entretenimiento.

Basilia, una de las jóvenes burladas, le dice a su padre, cuando éste quiere reivindicarse ante ella por no haberla defendido, que

9. *Ibidem*, p. 21.

10. *Ibidem*, p. 36.

11. *Ibidem*, p. 10.

12. *Ibidem*, p. 81.

13. *Ibidem*, p. 97.

14. *Ibidem*, p. 97.

él no hubiera podido hacer nada porque al Cacique sólo le importaba apoderarse de lo que no le pertenecía y cuidar de que los demás se sometieran al peso de sus fuerzas.¹⁵ Muchas veces a ella misma en el lecho le confesaba, «que él se quedaría con todas las tierras, y que si no se las vendían no se hacía el canal».¹⁶

El alcalde le confiesa al gobernador que él no tenía ninguna autoridad, que la autoridad era el Cacique.¹⁷ Naturalmente, el alcalde parece poco inteligente porque no se da cuenta de la complicidad del gobierno.

El barbero por fin afloja sus planes de negocio a Gúmer su amigo. Hacía tiempo que lo planeaba pero no se atrevía decirlo a nadie. Ahora justifica su retraso, «hablemos claro amigo Gúmer, si uno tenía aquí en la cabeza alguna idea para ganar algún dinero poniendo en práctica cualquier negocio, resultaba imposible desenvolverla sin recurrir al difunto».¹⁸

Basten estos puntos de vista efectuados en las aproximadas treinta horas desde que se produce el incidente de muerte hasta el entierro para dejar en claro el aplastante dominio de este hombre sobre su pueblo.

En el dinamismo del diálogo nos hemos mantenido alertas. En el dinamismo del ambiente nos habituamos a participar del chisme desandando de lugar en lugar con la curiosidad de querer saber más de ese «todopoderoso» que empieza a pudrirse antes de llegar al camposanto. Al final, la curiosidad ha cundido en nosotros en tal grado, que quisiéramos que descubrieran los duros que quedan en el misterio y al criminal que arroja el dedo del muerto al río para quedarse con el brillante.

La atmósfera está cargada de tensión y nerviosismo. La muerte ha traído un desahogo evidente en el casino, en las tiendas, en las tabernas y en los restaurantes. Todos se sienten como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Mas hay algo que les mortifica. Las palabras del hijo del veterinario, joven con tendencias revolucionarias, pueden ser proféticas. Se verán sometidos a otro Cacique porque ellos no saben luchar. Hay mucho de pesimismo en esas palabras, pero mucho de realidad.

15. *Ibidem*, p. 211.

16. *Ibidem*, p. 213.

17. *Ibidem*, p. 302.

18. *Ibidem*, p. 302.

Por lo menos, Romero, como aclara Masoliver, «muestra por donde anda el daño...».¹⁹

Enterrado el Cacique con el acompañamiento de la hipocresía casi general, vemos a don Froilán emprender el regreso al pueblo acompañado de los bufones del nuevo cacicado.

El pueblo, que chismeaba la violación de la Justina, adjudica la dote del muerto a don Froilán al presuponer que él se encargará de callarla para que don Daniel el caza-fortuna pueda casarse con doña Isabel la hija del enterrado.

Desafortunadamente, la masa pueblerina es ignorante. Se limita a acatar las órdenes del más fuerte cuando los líderes defensores de sus derechos son aplastados por la mano gobernante: el Cacique.

19. Masoliver, Juan R., «Un retablo de nuestro pueblo», diario *La Vanguardia*, Barcelona, 18 de diciembre de 1963.